



POESIA

Recitada en la Velada Literaria que tuvo lugar el 8 de Octubre de 1902 en la ciudad de León, con motivo de la solemne Coronación de la Madre Santísima de la Luz, por su autor el Pbro. D. Ponciano Pérez.

Aquí estoy á tus plantas, de rodillas,
Con el llanto en los ojos,
El alma hecha pedazos
Arrastrada del mundo por los lazos
Entre espinas y abrojos.

¡Oh Señora! muchísimo he sufrido,
Porque muchas han sido mis maldades;
Mas siempre te he querido;
Y en medio del tormento,
En medio de mis negras tempestades,
Relampagueaba un bello pensamiento:
Tu recuerdo divino y sacrosanto
Vino mil veces á secar mi llanto.

Yo siempre conservé dentro del alma,
Como en limpio cristal, tu Imagen pura;
Y cuando el golpe de huracán terrible
Ese cristal lanzó contra los vientos,
Reducido á fragmentos,
Tu Imagen no borró, Virgen María,
Pues en cada fragmento se veía!

Aquí estoy á tus pies, ¿dime, qué quieres?
Aquí estoy á tus pies ¿qué quieres, dime?
Quieres que cante tu bondad sublime
Y diga á todo el mundo lo que eres!

No me ocultes tu luz, un rayo solo
De tus pupilas bellas
Excede en claridad á las estrellas
Que se ven desde un polo al otro polo.
No me niegues tu luz, sobre mi frente
Que mire el mundo entero
Reverberar los rayos de tu gloria,
Porque cantarte quiero

Aunque soy vil escoria:
Alúmbrese mi nada
Con un rayo nomás de tu mirada!

Pero qué es lo que miro? ¿por qué afluye
Tan grande multitud en este día
A la hermosa ciudad hospitalaria,
En torno de María?
¿Por qué formando luminoso coro,
En medio de este pueblo entusiasmado,
Miro tantos Pontífices ingentes
Empuñando el cayado,
Y con sus mitras de oro
Avanzar relucientes;
Y descubriendo sus angustas frentes
Al ver ese prodigio verdadero,
Al mirar esos ojos soberanos,
Postrarse reverentes;
Como aquellos ancianos
Que se postran delante del Cordero,
Cuando subiendo en tempestad sublime
En el cielo retumban
Aquellas alabanzas inmortales
Del que vive en los siglos eternos?
¿Por qué se alza magnífico ese trono,
Y en pebeteros de oro se consume
El más rico perfume,
Y las flores regalan su ambrosía
En cálices de púrpura brillante;
Y en las ondas ligeras
Del éter que se agita en las esferas,
Va subiendo esa mística armonía
De lágrimas y cantos de alegría?

¿Qué nueva luz hermosa se difunde
Tan misteriosa y santa
Que, arrobando el sentido, nos encanta?
Irradiación sublime de la gloria,
Ráfaga celestial nos ilumina
En medio de esta vida transitoria,
Y derrama en los ámbitos del mundo
Un bienestar profundo.
Hay momentos como éste, en que la dicha
Ya no cabe en el cielo,
Y, rompiendo sus vastos horizontes,
Desciende á nuestro suelo.
Entonces es cuando conoce el alma
Su origen celestial, y el santo anhelo
De ver á Dios en deliciosa calma,
Sin nubes y sin velo.

Esos momentos son cuando el Ungido
Acaricia á su Madre Soberana
Y siente enternecido
En sus venas correr la sangre humana,
Sangre que por nosotros ha vertido:
Cuando escucha el rumor de las querellas
Que del Gólgota sube todavía,
Y se acuerda de aquellas
Lágrimas inocentes que vertía
Cuando morir sediento le veía.
Entonces ya no basta á su ternura
Colocarla en la altura,
Y regar á su pie soles y estrellas,
Y darle como rica vestidura
De cambiantes colores
La luz de sus eternos resplandores.
No basta á nuestro Dios agradecido
Anonadarse ante su tierna Madre
Como se anonadara ante su Padre,
Y, asombrando á los coros celestiales,
Como una muestra de piedad suprema,
Quitarse la diadema
Y ponerla en sus sienes virginales:
El quiere todavía
Una gloria mayor para María.

Pretende que la tierra miserable
Reconozca y publique su grandeza
Y su inmortal decoro,
Y ponga en su cabeza
Una corona de oro
Signo de honor, bondad y fortaleza.

No se acuerda el Señor que los humanos
Son un poco de polvo que se mueve
Entre proyectos vanos,
Y sólo se conmueve,
Al pensar que son ellos sus hermanos;
No se quiere acordar que nuestro suelo
Sólo produce abrojos
Desde que lo maldijo desde el cielo,
Y que el llanto aparece en nuestros ojos

Como iris de consuelo;
Que en la tierra los cetros son de caña,
Las coronas, de espinas;
Y brillante maraña,
El manto real de púrpura que empaña;
Que en polvo convertido
Vuelve á la tierra el hombre
Con todo lo que ha sido:
Un instante.... y habrá desaparecido
Su gloria, su poder y su renombre.
Y el Verbo omnipotente
De hombres tan miserables ambiciona
Para su tierna Madre una corona,
Y pide reverente
Que por Reina la aclamen,
Y Señora del mundo la proclamen.

En su inmensa ternura
Siempre Dios ha querido
Dignificar al hombre, su criatura:
No hay secreto escondido,
No hay honor reservado
Para el Verbo, que todo nos lo ha dado;
Por eso quiere que á su Madre amemos
Y honrándola, nosotros nos honremos.

Más que honra son afrenta
Tan viles homenajes,
Los honores del hombre son ultrajes:
Esa corona ¡oh Virgen sin mancilla!
Empaña los albores de tu frente,
Aunque parece de oro, reluciente
Entre zafiros, perlas y diamantes,
Es un poco de arcilla
Que, al reflejar la luz, tan sólo brilla.
Nuestras flores se secan en un día,
Es humo nuestro incienso
Y fugaz vibración nuestra armonía
Que se disipa en el espacio inmenso;
Pero el Señor recibe complacido
Tan sencillas y humildes ovaciones;
Pues le hemos ofrecido
Junto con la corona que ha pedido
Nuestros tiernos y ardientes corazones.

La voluntad de Dios está cumplida:
Ya vemos coronada
La Imagen prodigiosa y agraciada,
Tu Tesoro, la joya más querida
Que te tocó ¡ciudad afortunada!

¡Oh mil veces feliz, ciudad hermosa!
Que á la Madre de Dios así engrandeces;
Bendecida serás mil y mil veces;
Tú también serás grande y poderosa!

Nunca creí, cuando miré enlutados
Tus grandes horizontes,
Tus muros derribados,
Y flotando en el agua tus cabañas,
Aquella noche de profunda pena,

Que pudieras tener el alma llena
De esa fe que traslada las montañas;
Que besaras la mano que te hería,
Y que esperaras, como Abraham un día,
Contra toda esperanza;
Y, más firme que Pedro,
Cuando en el mar se hundía,
Con grande fe te asieras de María!
Y que, robusta y bella,
Con nueva juventud te levantarás,
Siempre en pos de tu Estrella,
Y más dichoso que antes avanzarás.

¿Qué se hicieron tus lágrimas y duelo?
¿Quién enjugó tu llanto?
Ah! ¿lloras? mas de gozo:
Son de júbilo santo
Esas lágrimas dulces que derramas,
Al ver honrada así á la que amas.
La dicha ya no cabe
En tu pecho que se hincha y te sofoca:
Mi espíritu no sabe,
Y no puede mi boca
Expresar las divinas embriagueces,
Esos éxtasis santos
Con que, al soñar la gloria, te adormeces;
Esa explosión sublime de delicias,
De lágrimas, de amor y de caricias.

Mas ya tranquilo seguiré pulsando
Las cuerdas de mi lira,
Y tus glorias, Señora, publicando
Con los afectos que tu amor me inspira.
Permite que te cante en este día
El himno que otra vez en santa calma
Oíste de mis labios, Madre mía,
Cuando no estaba fatigada mi alma.
Déjame repetir en tus altares
Un antiguo cantar de mis cantares,
El que con más afecto te ofrecía.
Bendíceme, Señora, y entretanto,
Lleno de gozo empezaré mi canto.

“En medio de una llama que se alzaba
“Entre una zarza aparecióse un día
“La majestad de Dios, y con sorpresa
“El gran Moisés veía
“Arder aquella zarza misteriosa
“Que no se consumía;
“Y quiere desde luego
“Acercarse y tocar el sacro fuego,
“Y ver por qué la zarza,
“Que de llamas alzaba un torbellino,
“Incombusta quedaba,
“Aunque el fuego violento la abrasaba.
“Pero viendo el Señor que se adelanta
“Para ver el portento,
“Moisés, Moisés, le dice en el momento,
“No te acerques, descázate la planta,

“Que la tierra en que estás es tierra santa.

“Yo también desde lejos
“He mirado brillar sobre la cumbre
“De la montaña celestial la lumbre;
“Los vívidos reflejos
“De la luz inmortal han reposado
“Sobre mi adusta frente,
“De mi espíritu el caos han alumbrado
“Y mil veces también me he levantado
“Para mirar el foco soberano
“Queriendo descubrir la mente mía
“El misterioso arcano;
“Pero una voz secreta me decía:
“No te acerques acá; ningún profano
“Se atreva á levantar el sacro velo;
“Esa luz es la luz del mismo cielo:
“Esa luz es *María*,
“De Dios la augusta Madre,
“Que brilla con los mismos resplandores
“Con que fulgura el esplendor del Padre;
“La majestad de Dios la cubre toda,
“Por eso de su luz en el abismo
“Aparece Dios mismo.

“No te acerques acá; pues nunca el hombre
“Con ojos terrenales
“Y con una mirada transitoria
“Abarcará la gloria:
“La grandeza sublime de María,
“Ese divino lema,
“Los ángeles lo estudian todavía,
“Y para el mismo cielo es un problema.

¡Virgen incomparable!
“Luz que al empíreo asombra,
“¿Por qué te alaba el hombre miserable?
“¿Por qué mi labio sin cesar te nombra,
“Si no soy más que fugitiva sombra?
“Si los brillantes coros
“De los puros y ardientes querubines
“Son pálidos meteoros
“Junto á tu luz radiante,
“Si, al tocar los confines
“De tu trono, eclipsados
“Miro á los serafines;
“Mi espíritu que flota
“Entre las sombras tristes de la muerte,
“En la profunda noche del pecado,
“¿Cómo ha de levantarse para verte!
“De tinieblas cercado,
“Me siento anonadado
“Cada vez que pretendo, Virgen pura,
“En un ritmo sagrado
“Describir tu hermosura.
“En la tierra no hay flores,
“Ni luz en el espacio,
“No cantan para ti los ruiseñores,
“Piedras son el diamante y el topacio;